

CATALOGADO

EL PENSAMIENTO ECONOMICO DE ALBERTO MASFERRER

POR RAFAEL MENJÍVAR.

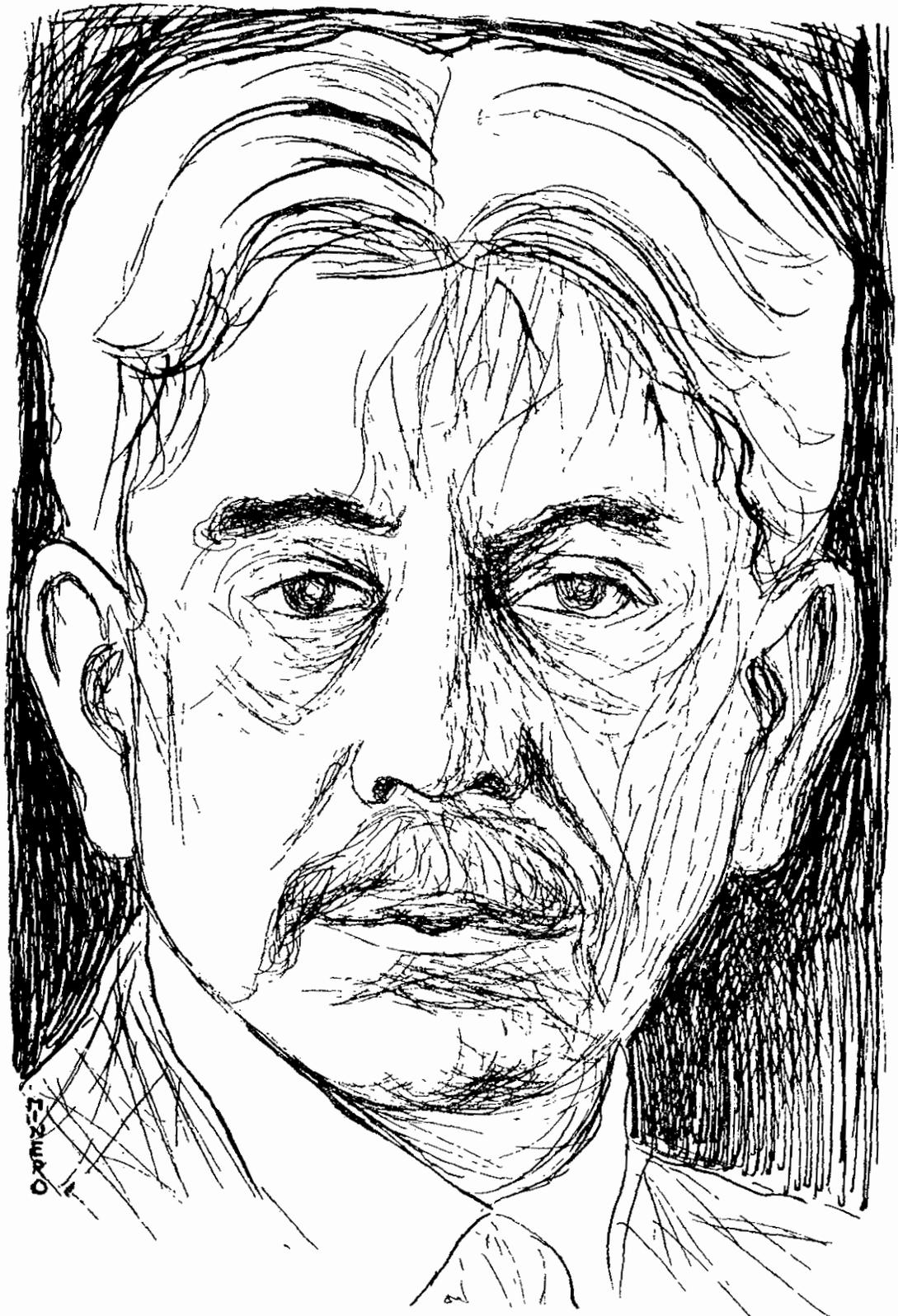
1.—INTRODUCCION

Señor Rector,
Señor Secretario,
Señor Jefe del Depto. de Extensión Cultural,
Señoras, señores:

Sean mis primeras palabras una felicitación para el Departamento de Extensión Cultural por la intensa labor que ha desarrollado todo este período y un agradecimiento por invitarme a dar esta charla sobre Don Alberto Masferrer.

Hablar de Don Alberto, de ese gran Don Alberto es casi una imprudencia de mi parte y sólo me mueve a hacerlo el deseo de contribuir a expandir sus ideas, ideas que surgieron del amor a este su pueblo.

Masferrer, como dice el Dr. Pedro Geoffroy Rivas, uno de los que más hondo han calado su pensamiento, fue necesariamente un hombre



contradictorio, de agotadoras pugnas internas, enemigo de sí mismo, dulce y terrible, áspero y acariciador, conmovido hasta las lágrimas por todos los dolores humanos y odiando furiosamente a los hombres que no sabían librarse del verdugo que cada quien lleva en su alma revolucionario nato y tolstoyano a la hora de la acción.

Estudiar la vida y obra de Don Alberto sólo nos lleva —por lo menos a mí me pasa— a evocar a tres grandes personajes creados en la literatura de los siglos: Zaratustra de Nietzsche, Prometeo Encadenado, de Esquilo, y el Príncipe Feliz de Oscar Wilde. De todos ellos tenía ese hombre contradictorio.

A veces, Masferrer es ese Zaratustra de sabiduría despreocupada, burlona, violenta, que contempla melancólicamente a los hombres, porque no ve en ellos más que fragmentos de hombre. Que ve que el hombre no es más que una materia informe, una piedra grosera que necesita de un estatuario. Masferrer, igual que Zaratustra se convierte en el Martillo que golpea la piedra; la piedra se despedaza ¡Qué importa! para el escultor, como dijera Ovejero y Maury, la misma destrucción es un goce.

Masferrer era un hombre adelantado para nuestro medio, me lo imagino diciéndose las mismas palabras que un santo dijo a Zaratustra cuando bajaba de la montaña:

“A los hombres nuestros pasos les suenan solitarios en la calle, y cuando de noche están acostados y oyen los pasos de un hombre mucho antes de que el sol haya salido, se preguntan: ¿Adónde irá el ladión?”

Tiene tanto, pero tanto de ese Prometeo a quien Zeus primero encadena en una roca por robar el fuego del cielo y dárselo a los hombres, para luego sepultarlo entre las peñas por pronosticar a Io que de ella nacerá su libertador. Io es el pueblo, su pueblo pipil, su pueblo que desea redimir y Zeus. . . Zeus son todas las fuerzas, todos los intereses que se defienden de sus ideas renovadoras, la Asamblea que deroga su pensión como Maestro treinta días después de haberla aprobado y como respuesta a sus críticas a los empréstitos en el Diario Patria, y finalmente Zeus es su propio dolor de haber fracasado en el último momento, de haber sido engañado y engañarse en el último momento.

Siempre tiene del Príncipe Feliz, de esa estatua del Príncipe Feliz que “estaba toda ella cubierta de madreperla de oro fino. En lugar de ojos tenía sus pupilas zafiros y un gran rubí escarlata refulgía en el puño de su espada”. Pero esos ojos de zafiro, vierten lágrimas porque desde lo alto “pueden contemplarse las miserias de su pueblo”.

Una golondrina comprendiendo su dolor acepta llevar a los pobres, sus ojos, el rubí de su espada y por último el oro que le cubre. Cuando los Consejales vieron que sólo quedaba el plomo derribaron la estatua para hacer una de ellos, pero fue imposible pues no hubo forma de fundir aquel gran corazón de plomo.

Pero entremos en materia. Masferrer tenía un conocimiento integral, ya Peralta Lagos el famoso T. P. Mechín, hablaba en una conferencia que dio en el Paraninfo Universitario en 1933 de Masferrer educador, Masferrer apóstol, Masferrer periodista, Masferrer poeta, Masferrer humorista . . . veamos ahora esa faceta que estaba subyacente en todos sus escritos: Masferrer economista.

Masferrer, ese hombre de las grandes dicotomías, dejaba de ser el pensador filosófico, el pensador metafísico, el pensador religioso enamorado de la teoría de la transmigración, y se vuelve un pensador económico cuando maneja en sus libros, en sus editoriales, esas ideas que afectaban muy de cerca nuestro vivir y nuestro trabajo diario; cuando manejaba ideas que impulsaban a la experiencia que no se realiza en el aislamiento de los laboratorios, cuando manejaba esas ideas que forman esa ciencia que a pesar de que muchos piensan que está reservada a los profesores, es una ciencia que ha lanzado a los hombres a las barricadas, esa ciencia que como dice un autor, ha dejado como huella de su paso, imperios destrozados y continentes en erupción; apuntalados o socavados regímenes políticos; levantamientos de unas clases sociales contra otras, enfrentadas entre sí a las naciones . . . No porque se proponga hacer daño, sino por la potencialidad extraordinaria de sus ideas

¿Y cuándo tiene, Don Alberto, un pensamiento económico? ¡En todos sus libros, en todos sus escritos! Cuando en su contestación a una carta del obrero José Mejía, grita, señala el verdadero destino del hombre, que hasta las bestias saben: ¡vivió! vivir libre y plenamente, satisfaciendo todas sus necesidades corporales, y espirituales. Cuando señala que después del aire, el pan, ese pan nuestro de cada día que a veces queda en la mesa de los ociosos y falta enteramente a veces, o escasea casi siempre, en la casa de los que riegan la tierra con el sudor de su frente.

Cuando, en sus estudios y figuraciones sobre la vida de Jesús, su propia y dolorosa autobiografía, pone en boca de San Juan Bautista estas palabras: “Que el que tenga un pan dé la mitad al que no tenga; y quien tuviere dos túnicas, dé una al que carezca de ella”; cuando con Jesús advirtieron una noche la promesa de una Humanidad, visión de Isaías: aquella en que los hombres harían de sus espadas rejas de arado, y de las lanzas, hoces para segar las mieses.

Cuando —como dice el Dr. Pedro Geoffroy Rivas— tratando de pintarnos la situación del pueblo judío, lo que hace es reflejar el ambiente que a él le rodea, pintar cuidadosamente, con sus líneas y colores exactos, la situación del pueblo suyo, el pipil, al cual el anhela redimir. . .

Cuando en sus editoriales brama contra el terraje que él llama ese derecho feudal, subsistente, como la mayor parte de los derechos feudales, donde quiera que la tierra es el privilegio de unos pocos y, por consecuencia, origina la sujeción de los más. . . cuando protesta por el conflicto que entre la vida y la propiedad establecía el capitalismo manchesteriano, en el cual las leyes optan por la propiedad por su símbolo, que es el dinero.

Cuando ataca a la Asamblea por los empréstitos; cuando antes que cualquier investigador se da cuenta del problema cerealero que el país padece desde finales del siglo pasado.

En todas partes tiene un pensamiento económico, hasta cuando recurre a la poesía, aunque es mal poeta, como por ejemplo en aquel dolorosamente conforme pero explosivo poema que nos recuerda la táctica de Turgueniev en sus “Memorias de un Cazador”, en el que tratando de imitar el estilo y adoptando el estribillo de El Cuervo de Edgar Allan Poe dice:

*Me llamaría Juan.
Juan qué? No sé. . . Juan Pérez. . . o Martínez. . .
Lo mismo da. . . me llamaría Juan.
Juan sin familia y sin historia; sólo
Con su eslabón y su machete; Juan
Sin ayer ni mañana. . . una errabunda
Hoja que el viento lleva. . . y nada más.*

Si. . . en todas partes tiene un pensamiento económico. . . pero si queremos encajonarlo dentro de esa división clásica de la Ciencia Económica, que para algunos no tiene ya ninguna importancia, que delimita los campos de la producción, circulación, consumo y distribución Masferrer cabe dentro del problema de la distribución. Por su propio conocimiento de los problemas sociales luchaba por una justa distribución del ingreso, de la riqueza, y acaso intuía que esa sería la base del desarrollo económico, y digo intuía porque en su época el problema del crecimiento se había echado a un lado, ebrios del statuo quo.

Veamos los principales problemas económicos relacionados con la distribución que trató y que después quiso sintetizar en su doctrina del minimum vital: Tenencia de la tierra, la vivienda y los salarios.

En relación con el problema de la tierra, en “Que debemos saber?” Don Alberto trata el problema en su forma directa: ¿Por qué los que siembran, cuidan y cosechan el pan han de carecer de él? ¿Por qué el campesino que soporta todas las fatigas del trabajo agrícola ha de vivir hambriento, mientras el ocioso que jamás ha trazado un surco ni abrió jamás un hoyo, vive en la abundancia? ¿Es esto lo que llaman orden social? ¿A esto es a lo que llaman república y civilización?

Tan injusto y torpe desorden —dice ya proponiendo una medida de política económica— no tendrá remedio mientras no se alcance la liberación de la tierra que, lo mismo que el aire y el agua, no pueden ser objeto de monopolio sin que se cometa el mayor de los crímenes contra dios y los hombres.

La liberación de la tierra . . . que heimoso, justo y bien hecho ideal . . . desgraciadamente la tierra no es como el aire y los hombres pueden monopolizarla y esclavizarla.

Monopolio de la tierra —dice— Verdaderamente es difícil hallar una frase más irritante ni que signifique un absurdo y una injusticia mayores. En virtud ¿de qué pueden los hombres monopolizar la tierra?

¡Emancipemos la tierra! —grita— Reformemos la forma de Tenencia de la tierra dirían los economistas. Y es que Masferrer había visto, sintió en su alma el despojo de nuestros indios, de nuestros campesinos con las leyes de extensión de ejidos y comunidades de 1881, vio los movimientos que ello trajo y todavía vería levantarse en 1932 al indio Feliciano Ama, que siguiendo al indio Aquino, reclamaría las tierras usurpadas. Y eso, eso, trató de detener con su conciliatoria doctrina del Minimum Vital. Eso trató de detener cuando en un editorial sobre la “Crisis del País” pide que para extirpar el tumor social creciente en vez de estar entrometiéndose el Estado en la importación de Cereales, debía distribuir la tierra justamente, volver a los ejidos.

Ese era el problema fundamental para él, de allí se derivan los grandes males contra los cuales clamó en sus editoriales de Patria: el terraje, que esclavizaba y denigraba al trabajador agrícola, la falta de cereales, de alimento básico para la población; la afluencia del campesino “desteriado” a las ciudades donde trocaban su actividad productiva en improductiva cuando más, pero por lo general se tornaban en transeúntes de la “Calle de la muerte”.

En relación con la vivienda —dice metafóricamente: alguna maldición muy remota y muy enconosa pesa sobre el hombre, para que a esta hora, después de tanta filosofía y tanta ciencia, y tanto legisla-

y tanto dar su sangre para hacer la vida tolerable, aún esté con la incertidumbre y la zozobra de no hallar un techo que le abrigue. ¿Y todo por qué? se pregunta, porque unos tienen demasiada codicia, y otros demasiada imbecilidad. Porque sólo una codicia infinita puede impulsar a unos el acaparamiento de las casas; y sólo una imbecilidad infinita puede inducir a otros a consentir ese acaparamiento.

Desterrar la mayoría inmensa de los habitantes de una ciudad a la infamia de los mesones, porque así conviene a los acaparadores de la tierra urbana, es régimen de tiburones. . .

¿La medida? No la expresa, pero se entiende: reforma urbana. Una reforma urbana que saque a nuestro pueblo de esos "calabozos en fila, donde los llantos y las cóleras de unos, se le meten por los oídos y le envenenan el ánimo a los otros", una reforma urbana que evite que unos pocos acaparen "hasta el mísero jirón de cielo que se ve desde los cuartos de mesón".

En lo que se refiere al salario pedía, igual que Santo Tomás, un salario justo, un tanto vago el término pero entendiéndolo como tal aquel que permita al hombre vivir como tal, un salario que satisfaga sus necesidades mínimas de cultura, higiene, comodidad. . . Un tanto vago, pero más justo que esas teorías económicas equivocadas en que el salario se mide igual que el precio de las mercancías. . . y que dicen que es igual a la productividad marginal del trabajador, lo que implica que cuanto más aumente la ocupación más habrá que reducir el salario al hombre. . . convenientes ignorancias.

Que precisión de enfoque de nuestros fundamentales problemas. . . Cuánto cabo suelto para elaborar una Política Económica concreta, adaptada a nuestra realidad, justa, una política económica que redundara en beneficio de todos. . . Pero aquí comete su primer error. Si sus planteamientos económicos son exactos, objetivos, justos y beneficiosos para todos, la Doctrina económica que de ella se deriva debe ser en igual forma exacta, justa y objetiva. . . Debe exigir o plantear rectamente en todo caso, pero nunca implorar. . . y Don Alberto al plantear su Doctrina del Minimum Vital, que era la síntesis expresado en medidas de todas sus ideas. . . implora. . . Tolstoyano en el momento de actuar, como dice el Dr. Geoffroy Rivas.

"El Minimum Vital —escibe don Alberto en 1928— dice al trabajador, al proletario: confórmate con lo imprescindible; conténtate con que se te asegure aquéllo indispensable, sin lo cual no podrías vivir; esfuéizate para erigir sobre esa base mínima el edificio de tu holguía y de tu riqueza, y así ascenderás o descenderás según tu es-

fuerzo, según tu disciplinada voluntad. Y al poseedor, al rico, al dueño le dice: consiente en que haya un límite para tu ambición; conténtate con que se te dé libertad para convertir en oro el árbol y la piedra, cuanto encierra en sus entrañas el planeta, cuanto viva sobre su superficie; pero no la miseria, no el hambre, no la salud, no la sangre de tus hermanos”

Este que habla no es Masferrei el de Patria, es Masferrer —San Juan de sus “Estudios y figuraciones sobre la vida de Jesús”—como dice el Dr. Geoffroy— Que después de bramar contra los escribas y fariseos les desea paz.

Pero veamos lo que pedía para el trabajador, para el proletario:

- 1) Trabajo higiénico, perenne, honesto y remunerado en justicia.
- 2) Alimentación suficiente, nutritiva y saludable.
- 3) Habitación amplia, seca, soleada y bien airada.
- 4) Agua buena y bastante.
- 5) Vestido limpio, correcto y de buen abigo
- 6) Asistencia médica y sanitaria.
- 7) Justicia pronta, fácil e igualmente accesible a todos.
- 8) Educación primaria y complementaria eficaz, que forme hombres cordiales, trabajadores expertos y jefes de familia concientes.
- 9) Descanso y recreo suficientes, y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo.

¿Quién daría todo ésto? la misericordia y bondad de los otros y ¿El gobierno, ese que debe velar por la justicia, bienestar, igualdad de todos? A ese le deja el pequeño papel de canalizar esa misericordia.

Pero dejemos la Doctrina del Minimum Vital que errada, por indecisión o humanidad, planteó claramente las necesidades mínimas del hombre.

Pocos son los pensadores sociales que tienen la oportunidad de llevar a la práctica por sí mismos sus propias teorías o doctrinas Masferrei buscó esa oportunidad y creyó que la había encontrado a través de Don Arturo Araujo electo, gracias en gran parte al apoyo de Masferrei, en Marzo de 1931. Algunos ven en esto el segundo y más grande error de Don Alberto. Yo no lo creo, y no lo creo porque estudiando el carácter de Don Alberto no podía menos que hacerlo, incluso sabiendo de antemano que sería defraudado porque ya antes había dicho “Ardorosos reformadores convencidos de que abajo, en el pueblo, no podían encontrar sostén ni ayuda para sus instintos de reforma, buscaron el patrocinio de los gobernantes y le colocaron a la cabeza de

movimientos que éstos ni comprendían ni amaban. Fueron bulados, como debían serlo, y se sacrificaron sin más frutos que dar prestigio a ídolos de barro y fortificar el egoísmo y la mentira, cuando todos sus anhelos los llevaban a ser los servidores del desinterés y la verdad”.

Como dice el Dr. Geoffroy, del Dr. Araujo no podía esperarse, ni siquiera que comprendiera en sus más elementales lineamientos el programa masferreriano, pero Don Alberto temía, por su mismo amor, que el pueblo se desangrara en una revolución, y trató de evitarlo jugándose la última carta.

Veamos la situación anterior a esa campaña electoral para entender esto, y para ello me permitiré tomar algunos datos del trabajo “La Insurrección Popular de 1932” presentado por el Dr. David Luna al Primer Seminario de Historia Contemporánea realizado recientemente por la Universidad.

En 1929 se desata la gran depresión, que para nuestra débil economía completamente dependiente de los precios del café tendría los más terribles impactos; baja en los ingresos fiscales, quiebra de las pequeñas Empresas industriales, liquidación de la clase media campesina y sobre todo desocupación, desocupación que iba acompañada de baja del salario de los que aún podían tenerlo. Los sueldos según datos recolectados por el Dr. Luna bajaron a 20 centavos diarios.

Ese estado de miseria y desesperación cuajó en obreros y campesinos, especialmente en el sector centro-occidental que, aparte de que había sido el más afectado por la Ley de Extinción de Ejidos y Comunidades, era el sector más politizado. A principios de 1930 comienza una serie de huelgas que paran en una manifestación campesina de 80.000 personas. Don Pío Romero Bosque comienza desde esa fecha una represión continua contra las organizaciones obreras y campesinas, represiones que llegan hasta la liquidación física

Esta situación vino a recrudescerse con la actividad electoral de 1930, hasta desembocar en la masacre de 1932. Masferrer veía llegar el desangramiento de 1932, quería evitarlo y como él mismo decía a su modo de ver “en esta hora de odio y de codicia extremos, de concupiscencia enloquecida y de miseria exasperada, el Minimum Vital es la tabla de salvación en el naufragio”.

Pero Don Arturo Araujo no le interesaba don Alberto y sus ideas una vez llegado al poder. . . y don Alberto se retira amargado, amargura que llegó al clímax con la sangría de 1932 que lo llevaron a la tumba.

La realización de sus ideas las buscó por camino equivocado pero era la única oportunidad de salvar a su pueblo.

Señores, los problemas que Don Alberto planteaba siguen existiendo, unos en mayor y otros en menor grado. El pensamiento de Don Alberto Masferrer está vivo.

Para terminar, permítanme leerles las palabras que en 1931 ya en el exilio dijo al Dr. Geoffroy:

“A ustedes los jóvenes les toca seguir en el empeño. . . que mis errores les sirvan de lección. . . no he arado en el mar

.Dejé buena semilla en tierra noble y fecunda. . . Cuidenla, cultívenla, riéguenla. . . A su tiempo brotará, fructificará, y ustedes recogerán la cosecha”.